

MELITA PALMA

MELITA PALMA

I

Todas las noches de invierno al dar las diez, y las de verano al sonar las once, con puntualidad mecánica, despedíanse los invariables tertulios de la condesa de Villa-Enhiesta: el capellán, el administrador y el médico de la casa, el general Martel, veterano de la primera guerra carlista, y la Nava-de-Suso, solterona repolluda y de muy buen ver todavía.

Y con la misma puntualidad con que empezaba y concluía la tertulia, realizábanse en aquella casa todos los actos de la vida.

Así, el recogido silencio, el régimen acompañado, el orden y pulcritud conventuales, la paz inefable en las conciencias, hacían de la señorial morada oasis de no turbado sosiego en medio del tráfago incesante, del infernal rebullicio y de la abigarrada *juerga* de este Madrid flamenco-modernista de transición.

Envuelta en aquel silencio de claustro y en aquel aura tradicional, la figura estatuaría de D.^a Isabel de Castilla de Mendoza y Aragón tenía altiveces de realeza y suavidades de san-

tividad. Y á quien me preguntare si la altivez y la santidad caben juntas, preguntarle si conoció á la condesa de Villa-Enhiesta.

Digno hijo de aquella matrona histórica su unigénito D. Alfonso de Mendoza de Castilla y Aragón, conde heredero de Villa-Enhiesta—de cuya casa fué mayorazga D.^a Isabel—y marqués heredado de Castro-Infanzones, título que llevó su padre, en bondad de corazón, alteza de pensamientos y rectitud de conciencia, era todo un perfecto é ideal caballero, á quien no le faltaba para ser caballero activo sino haber nacido en mundo menos positivo y prosaico que el presente.

Pero ¿adónde iba el pobrecito de D. Alfonso, ó, mejor dicho, de Poncho Mendoza, como le llamaban sus íntimos, con aquellas caballerías y misticismos de su anticuada mamá? ¿A la Peña? ¿Al Casino? ¿A los toros? ¿A los teatros? ¿A los cafés? A ninguna parte.

Así, dejándose el roto lanzón, la contrahecha adarga y el apócrifo yelmo de Mambrino en la destartalada antesala del viejo palaciotte de la calle Ancha, encasquetado el hongo y vestido el *complet* á la inglesa, como cualquiera advenedizo burgués, andaba Castro-Infanzones por la baja tierra, si bien deplorando para sus adentros no poder pisar sobre las nubes, y en correcto traje de *sportsman* galopaba por el Retiro y la Castellana, lamentando, sin embargo, muy de veras, no poder volar en alados corceles ó encantados hipógrifos.

En suma, que Poncho Mendoza, educado por su madre en el más fervoroso culto á Dios, al honor y á la caballería, era un hombre con le-

vadura de ángel; pero un hombre hecho y derecho, barbado, vigoroso y accesible, como el que más, á los halagos de la vida y á las irresistibles seducciones del amor.

La ingénita elevación de su espíritu y la altivez aristocrática inmunizábanle á toda baja tentación y asechanza; porque el mismo sacro horror que le inspiraban las manchas en la ropa ó el barro de la calle, inspirábanselo, no ya la degradación abyecta, sino la cursilería, la ordinariéz y la vulgaridad adocenada. Así, puede decirse que en él la abstinencia de todo vicioso exceso era, antes que virtud, higiene; más aún que odio al pecado, asco de todo moral y físico desaseo; escrúpulo de armiño hacia las manchas y desdén de gran señor hacia el vulgo.

Gustábale, sí, como observador, asistir á verbenas ó romerías, y no cerraba los ojos ni los labios delante de una linda moza; pereciase por mirar á las niñas aristocráticas á la puerta de las iglesias, en la Castellana ó en el Real; pero aunque todas le agradaban, ninguna le satisfacía.

Otro tanto ocurríale con las *candidatas* que le iba indicando su madre—deseosa de dejarle casado, para que lo estuviese pronto y á gusto de ella;—las que no le parecían muñecas de porcelana, con la cabeza huera y el pecho relleño de serrín, parecíanle gazmoñas, orgullosas ó ambiciosas vulgares que no habían de estimar en él sino el título y los millones.

En conclusión: que ninguna le gustaba, ó más bien, como decía él, que le gustaban todas, pero ninguna le satisfacía.

Y como se pasaban los años sin que aquel co-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE MENDOZA"
CALLE AGUIRRE Y MONTEZUMA, 100

razón formado para amar por las manos mismas del amor—que tales son las de las madres, que en vez de tallarlos con firme pulso, enmorbidecen con suavidades mimosas los ánimos varoniles—hallase digno empleo á su desbordada actividad, de temer era, y harto lo temía la condesa, que á la primer chispa de amor que en él prendiese había de incendiarse todo y para siempre.

Pero Mendocita no hubiera consentido jamás en hacer esposa suya á mujer que no fuese semejante á su madre, y como su madre no había ninguna, y caso de que la hubiese tan virtuosa, noble y acabada... aun se atrevía él á desear para mujer propia una personita no menos perfecta, pero... ¡vamos! no tan excelsa, más accesible, más humana.

II

Aquella noche hacían *El desdén con el desdén*, y estaba la Comedia brillantísima, colmada de bellezas á la moda, personalidades ilustres, noblezas históricas, senectudes inmortales y mozalbetes gomosa de frac, gardenia y monóculo.

Jamás se presentó, vistió y declamó con mayor propiedad, lujo y primor de arte la deliciosa comedia de Moreto. ¡Qué *Diana* estaba haciendo María! Una de nuestras célebres Marías. Pero ¿quién era *Cintia*? ¿Quién era aquella *Cintia* desconocida, tan mona, tan espiritual? ¡Vaya usted á saber! Una *Cintia* de guardarropía que nos dan por *indisposición*, léase fuga, de la se-

ñorita Villalba, que se ha largado á Venecia con el loco de Paco Manrique.

—¡No, pues como bonita lo es!

—¡Pchs!... lo mejor que tiene es la figura.

—No, hombre, y la cara.

—Pero como actriz...

—¡Si debuta hoy y está cohibida!

—¿Quién? ¡La muchacha esa, lo que vale es un imperio!

—En provincias ha alborotado.

—En provincias, podrá ser; pero...

—Bueno; ya verán ustedes quién es Melita Palma.

—¿Parieta de aquella célebre?

—¡Pero, hombre! —intervino el insigne Pepe Suti, flor de la bohemia y gloria legítima del periodismo, — ¡qué mal andáis de genealogía histriónica! La celebrada *Pepita Palma*, contemporánea y cuñada del gran Romea, se llamaba Varela de apellido, y no tenía nada que ver con esta otra *Palma* que se la lleva entre las chiquillas guapas y entre las comediantas de porvenir.

Y salió disparado, arrollando las filas de mirones que obstruían el pasillo de las butacas.

Esto era al anverso del teatro; al reverso, ¡qué diferencia!

Por aquel caótico *entre bastidores*, que es, como si dijéramos, lo cocina de la señora Talía, por donde corretea la diosa sin coturnos ni zuecos, en chinelas y de trapillo, condimentando los guisotes que han de servirse á los exigentes parroquianos, andaba aquella noche gran marimorena á propósito de la fuga de la Villalba y del inopinado ascenso de la Palmita, saltando

por encima de la Pinedo, que, justamente ofendida, acababa de romper su contrata. ¡Valiente atropello el de la empresa! Pero como á Melita Palma la imponía el gran Sutis, Júpiter de la prensa, ¡todo el mundo boca abajo! Y aquí soltaban las envenenadas lenguas los émulos del periodista y las celosas de la debutante.

Entretanto, ajena á aquel envidioso chismear que hervía por pasillos y vestuarios, una viejecita muy mal trajeada y muy pálida habíase deslizado hasta los primeros bastidores, y, con el oído pegado al lienzo, auscultaba ávidamente el corazón de la muchedumbre que se sentía latir á través de la frágil tela, como si de aquellas poderosas palpitaciones aguardase la infeliz su vida ó su muerte. Esto ocurría al llegar la comedia á la escena IV, en que aparece *Diana* con sus damas; después de la voz de la primera actriz, oyóse otra temblorosa, pero argentina: la viejecita se estremeció, y por la sala sintióse correr algo inexplicable, una corriente de simpatía; sonó después la música y cantarcillos intercalados; habló *Diana*, y más serena y más distinta contestóle la voz de antes con aquellos versos que empiezan:

«El agradecer, Diana,
es deuda noble y cortés...»

Al concluir la tiradita, un aplauso sincero y franco estalló en el teatro, y al oírlo, la pobre viejecilla cayó desplomada al suelo, de donde la recogieron unos tramoyistas, llevándosela hacia adentro.

Radiante de gozo salió Melita Palma de la es-

cena al acabar la VIII de la comedia, pues aunque su papel era insignificante, ¡había ella puesto tanto cuidado en su traje y persona, y esperaba tanto de aquella buena acogida del público...!

Al llegar á su cuarto ansiosa de abrazar á su madre, encontrósela desmayada en el regazo de Silda Mieres, una pobre figuranta con quien la Palma compartía su cuarto en el teatro, y á veces su pobre mesa. Junto á Silda, y abanicando á la desmayada con el mugriento hongo, estaba el padre de aquélla, Gervasio Mieres, un gallego supersticioso y estólido, á quien la codicia y la miseria tenían á dos dedos de vender su propia alma.

Cuando Carmen vió á su madre livida, inmóvil, con todas las apariencias de la muerte, rompió á llorar á gritos y á pedir angustiosamente socorro. A sus voces acudieron algunos actores y cierto médico-autor que en el escenario se encontraba.

—¡Salud, ínclita Cintia, *Rayo de luna*, Palma de la victoria!—entraba gritando el alborotado Sutis, cuando al abrirse el grupo de los que rodeaban á la desmayada, y ver él á la pobre D.^a María en tal estado y á Carmen deshecha en lágrimas, quitóse respetuosamente el sombrero, soltó entre dientes un terno redondo y se le anubló el movable semblante.

—¡Pobrecita de mi vida!—lloraba Carmen.— ¡Si tenía que suceder!... ¡Tántos malos ratos como se ha dado por mi dichoso traje, tanto como ha corrido y afanado, y luego tántas privaciones, señor de Sutis!

Al señor de Sutis le ahogaban con un cabello.

Lentamente se fué recobrando D.^a María; y al salir el periodista del brazo del médico, díjole éste al oído:

—La pobre vieja está mal; padece una grave alteración cardíaca; pero lo más que tienen todos estos infelices es hambre atrasada.

Con rápido movimiento llevóse el gran Sútis los dedos al bolsillo del chaleco, y al sondear su triste vacuidad, soltó otra interjección y, sin despedirse del médico, salió por la puerta que comunica al escenario con el pasillo de las plateas, subió al entresuelo y colóse en el palco de Poncho Mendoza, su antiguo condiscípulo, á tiempo que comenzaba el acto segundo.

—¡Hola, insigne!—gritó el expansivo escritor, estrechando en sus brazos al marquesito.

—¡Adiós, inclito! Mucho gusto en verte; pero déjame oír á Moreto.

—¿Ya te pones la venda, y todavía...?

—Porque te conozco; ¡cállate, ó te tiro los gemelos!

—¡Da, pero escucha!

—¡Pesadol déjame oír estos versos.

—¡Ah!... por versos no quede:

Egregio Alfonso, honor de los Mendozas,
tú que de Midas los tesoros gozas...

—Peor es esto; habla en prosa llana, pero pronto.

—Bueno, chico; pues si yo te preguntase: "¿Quieres venir al cuarto de una cómica?", ¿qué me contestarías?

—Que no: ya lo sabes.

—Y si yo te dijese: "Amigo Poncho, tú, que tienes un corazón como un templo, ¿quieres ha-

cer una obra de caridad muy gorda?,"—aquí la voz de Sútis tembló ligeramente, y concluyó:—¿Qué me contestarías?

—Que sí, hombre, que sí—respondió Mendocita, que, oyendo á su amigo hablar tan de veras, le miró á los ojos, y, al vérselos ligeramente humedecidos, pensó: "¡Demonio de Sútis; es el golfo más bueno que come pan!,"

—Yo soy un perdido que vive á salto de mata—prosiguió el generoso bohemio con la voz emocionada;—pero tú, que eres un *hallado*; tú, que eres bueno de veras, Poncho, puedes hacer ese bien.

Y le contó, ce por be, la conmovedora historia de Melita Palma, la gallarda Cintia que tenían enfrente, *Rayo de luna*, como Sútis la llamaba por la impresión luminosa que en él hacían la diafanidad de sus pupilas azules, la blancura nacarada de su tez y el tibio resplandor de sus cabellos de oro ceniciento.

Impresión que irresistiblemente experimentó también Alfonso cuando, interesado por el relato de Sútis, fijó sus gemelos en la gentil muchacha.

—¿No te decía yo, hombre, que no es una cómica como otra cualquiera; que es... eso, un rayo de luna que pasa por la tierra y hasta por el teatro, sin empañarse siquiera?

Y en fuerza de mirar fijamente las blancuras del traje y de los brazos de Cintia bajo la viva luz eléctrica, en los ojos de Alfonso quedó la impresión de un vago y flotante rayo de luna.

Pero cuando, guiado por su Virgilio, Sútis, cruzaba el infierno del escenario en mutación, el etéreo rayo se borró de su vista; y al verse

confundido entre la turbamulta de tramoyistas, carpinteros y zascandiles que bullía por la escena y pasadizos, alborotáronse sus nervios de aristócrata y sintió subirle del estómago aquella invencible náusea que le producía todo lo tumultuoso y plebeyo. Y al llegar al cuarto de Melita, la bocanada de aire viciado que salió del estrecho camarín, donde se mezclaban los olores de perfumería barata con el intenso del éter administrado á la enferma y el tufo del tabacazo que fumaba Mieres con el humillo que despedía su desaseada persona, provocó en Alfonso tan violenta repulsión, que estuvo á punto de hacerle abandonar su caritativa empresa.

Una vez dentro, los claros ojos de *Rayo de luna* ejercieron sobre él acción inexplicable, como de espacio abierto y aire puro. Después, cual si la muchacha adivinase la primera impresión del visitante, pasadas las presentaciones de rúbrica, refrescó la atmósfera con abundante pulverización de agua de Colonia.

Y como Sutis y Mendoza preguntasen con vivo interés el estado de la enferma,

—Ya está mejor, ya va siendo buena—contestó enternecida Melita; y con infantil arranque de cariño tomó entre sus manos la cabeza de la anciana, y, cubriéndola de besos, decía con irresistible gracia y desbordada ternura: —¡Perdonen ustedes, señores; creí que se me iba de entre las manos, y ahora que me la veo otra vez hecha una personita me vuelvo loca de gozo! ¿Verdad, viejita salada, que ya pasó todo?

Establecida desde luego la confianza con aquellas cordiales expansiones de Melita, abor-

dó Sutis la cuestión diplomática. Su amigo Poncho Mendoza, que era para él como hermano, y se perecía por obsequiar á todo el mundo, quería vaciar con ellos unas copitas de Jerez, en celebración del *debut* de Carmela, y si á la bebida se agregase algo de substancia, creía él que no por eso habían de ofenderse aquellos señores; y generalizó con la mirada la invitación á todos los presentes.

Carmela, que veía el estado de su madre y comprendía la generosa intención de Sutis, aceptó sin vacilar. Silda y su padre abrieron tanto ojo, y quedó convenido que, acabada la comedia, llevarían la cena, sin perjuicio del adelanto de una botellita de Jerez y unos bizcochos para confortar á la enferma.

Concluido el acto tercero, bajaron ambos amigos al cuarto de la actriz, á la cual encontraron ocupada en arrojar cuantos abrigos hallaba á mano—todos pobres y de poco pelo—sobre el cuerpo de su madre, que temblaba y castañeteaba los dientes, atacada de intenso frío. Con espontánea solicitud despojóse Alfonso del rico gabán de pieles que llevaba echado sobre los hombros, y lo puso en los de la enferma, sin que Carmen intentara oponerse al voluntario despojo; antes, aceptándolo gozosa, acudió en ayuda del caballero, que andaba sobrado torpe en la difícil empresa de arropar á la anciana con el voluminoso abrigo; y como en aquella faena piadosa halláronse tan cerca el uno del otro, instintivamente se miraron, cambiando en aquel rápido encuentro de sus almas mucha generosidad por mucho agradecimiento.

Con el suave calor de las mullidas pieles, co-

menzó la enferma á reaccionar y adormecerse; y llegada la bienhechora cena, siguióse el alegre ruido de vasos y platos, el continuo escanciar del generoso Jerez, y al calor de las viandas y del mosto sugestivo, resucitó el cadavérico Mieres, se animó Silda, y se soitaron expansivamente todas las lenguas, llegando la de Sutis y la de cierto autorzuelo gorrón que se les coló á última hora, á deslizarse más de una vez por los resbaladizos terrenos de la crónica escandalosa y de los cuentos á la mostaza.

Estas libertades hicieron caer á Mendoza de las nubes de su idealismo, poniéndole bruscamente ante los ojos la realidad brutal é irrecusable, la vida de la actriz obligada á recibir continuamente á cómicos, autores, abonados y artistas bohemios, hombres de toda laya que tienen en aquellos cuartos entrada libre y casi siempre libérrima lengua. ¿Cómo ha de vivir en tal atmósfera la blanca azucena del pudor femenino?

Un pormenor insignificante interrumpió aquellas reflexiones: por debajo de una cortina que, á falta de biombo, cortaba un ángulo del cuarto, convirtiéndole en vestuario, asomaban unos zapatitos de charol muy usados, rotos ya por las puntas, y dentro de uno de ellos se parecían unas medias negras mal arrolladas; y como Silda no trabajaba aquella noche y Carmela llevaba aún el traje y chapines blancos de Cintia, no era posible dudar á quién pertenecían tales prendas. Aquel humilde y roto calzado que conservaba el molde del pie carnoso y menudo de su dueña, por natural asociación de ideas reveló al aristócrata toda una vida de tra-

bajos, de privaciones, de miseria altiva y honrada, ennoblecida por la generosa aspiración á la gloria y por el santo amor filial; ¿y á quién no interesaría una débil niña, flor de belleza, de ternura y de ingenio, consagrada á tan altos fines y amenazada de tan graves peligros? ¿Ni dónde empresa más digna de caballeros, y aun de príncipes, que la de proteger al genio obscurecido y amparar á la doncellez desvalida?

En esto sonó la voz de oro de Cintia con sus altas notas musicales y su acentuada vocalización de teatro, sacando de su nueva abstracción á Mendoza, que convirtió los ojos y la atención á ella. La emoción de la noche, el calor de los aplausos que le auguraban futura gloria, el repentino mal y el animador alivio de su madre, la cena copiosa, el excitante Jerez, el ingenio de Sutis, la inopinada aparición de Mendoza, su presencia, linaje y generosidad, que visiblemente la interesaban y conmovían; todas esas cosas juntas animaban y embellecían de suerte á la muchacha, que, con las mejillas encendidas, los ojos brillantes y la turgente boca empurpurada y húmeda, como flor de vida y juventud, parecía figura de apoteosis, y estaba verdaderamente temible de hermosura y seducción involuntaria.

Como si hubiese leído en el pensamiento de Mendoza, hablaba á Sutis, agradeciéndole efusivamente su generoso apoyo, y contábase con absoluta sinceridad sus trabajos y miserias, sus angustias y sobresaltos por la vida de su madre —ésta continuaba dormida,—su confianza ilimitada en Dios, su fe en el porvenir, su ciego amor por el arte y su abrasadora sed de gloria.

Y cierto que la ductilidad y blandura de su voz insinuante, acariciadora, la movilidad de su cambiante fisonomía, la maravillosa gracia y prestigio de su mímica descriptiva, la escultural belleza de sus más espontáneas actitudes y movimientos, revelaban en ella á la actriz de raza, que sabe hacerse carne y sangre del pensamiento ajeno y aun del propio hasta ponernos delante de los ojos, palpitantes y vivas, las ideas, las acciones ó los afectos que pinta.

¿Pero qué duendecillo travieso y encantador bullía dentro de aquella enigmática chiquilla que así pasaba de lo patético á lo cómico con tan pasmosa agilidad y soltura? Porque despierta su madre, pero aletargada aún y como sumergida en hondísima postración y abatimiento, viérase á Cintia bajar á carrera abierta de las alturas del Parnaso dramático, y sonando los alegres cascabeles de la musa cómica, trocarse en la más salada histrionisa, imitando con perfección asombrosa caras, gestos, voces, modales y tipos de autores y personajes conocidísimos, hasta arrancar á los presentes un aplauso delirante, y hacer llorar de risa á su pobre madre, logrando que con aquella sacudida reaccionara y se repusiese, que era lo que ella se proponía.

Indudablemente, aquella muchacha conocía todos los resortes de la sensibilidad, poseyendo el secreto de entrarse en el alma por todas las puertas á la vez. Mirándola, dudábase dónde acababa la verdad y dónde empezaba la mentira, y no se sabía si aquel dón de interesar y seducir procedía de ávida sed de imponerse y deslumbrar por magia de arte y prestigios de

coquetería, ó si era todo ello espontáneo y no aprendido, como la belleza de las flores y el canto de los pájaros. Por eso, cuando envueltos en los abrigo disponíanse á salir por la puerta de la calle de la Gorguera, dijo Sutis á Carmen, á quien llevaba del brazo, mientras en el de Alfonso apoyábase D.^a María:

—¡Oh Cintia incomparable: si yo fuera Júpter, te proclamaría *Diosa de la mentira*, porque nadie como tú sabe convertir en pura verdad la ficción!

Las familiaridades del periodista con la muchacha volvieron á encrespar los nervios de Mendoza. Pero llegados á la puerta donde, previamente avisada, aguardaba su blasonada berlina, el generoso caballero se detuvo, hizo subir al coche á Melita y á su madre, que, asombradas de aquel honor, no osaban aceptarlo; preguntó á sus nuevas amigas las señas de su casa, diólas al cochero, y cuando, al despedirse, tendió sucesivamente la mano á la madre y á la hija, ésta, en espontáneo arranque de agradecimiento, se la besó, con los ojos bañados en lágrimas.

Al arrancar el coche, Mendoza, como si despertase, se asombró de ser él quien se quedaba de pie sobre la acera, y de que fuesen ellas—¡las pobres mujeres de teatro, desconocidas pocas horas antes!—las que se alejaban en su aristocrático tren. Y aún más le asombraba el infinito tiempo que le parecía transcurrido desde su entrada en la Comedia por la puerta del público, hasta aquella su extraña salida por la de los actores, después de cenar entre gentes del *oficio* y con la cabeza acalorada, los nervios vi-

brantes, y todo su sér trastornado y poseído como de febril alucinación.

De improviso oyó al gran Sotis gritarle:

—¿Ves, Poncho amigo, si ya no estuvieres del todo curdo, cómo los cuartos de las actrices no son antros infernales, y cómo la divina Cintia no es una vulgar comedianta, sino un celeste *rayo de luna*?... ¡Pues, adiós, y refréscate, que á mí el sagrado Jerez me inspira, y la redacción me aguarda!

Y salió como alma que lleva el diablo.

Entonces Alfonso siguió recobrándose, acordóse de su madre y corrió hacia la calle de Sevilla, donde, saltando al primer simón que topó, y dadas al sucio auriga las señas de su casa, dejóse llevar del maltrecho Rocinante, mientras él se sentía arrebatado por extraños impulsos que tiraban de su sér y le trasponían á regiones nunca vistas ni soñadas.

Instintivamente llevábase las manos al pecho, como si allí guardase algo precioso, un secreto divino. Luego, sorprendiéndose á sí mismo en tales delirios, se palpaba los brazos y el torso para convencerse de que era él y no otro, el propio Alfonso de Mendoza, marqués de Castro-Infanzones, el que había pasado tantas horas en el cuarto de una cómica, y para cohonestar aquella enorme anomalía recordaba la frase de Sotis: "Cintia no es una comedianta, sino un celeste rayo de luna.", ¡Ah! Esta frase mágica lo conciliaba todo, sus ensueños de idealista y sus orgullos de aristócrata; y, asido á ella, salvaba sin sentirlo infinitas distancias, pasaba de uno á otro mundo. Agitado por inexplicable inquietud, se preguntaba: "Pero ¿por qué me besaría

Cintia la mano? Ya sé que por pura gratitud filial; pero aquel beso me arde por las venas; parece que me ha incendiado la sangre, y esta extraña combustión me acelera la vida, me trastorna. ¿Habré bebido mucho? Creo que tengo fiebre... Y se tomaba alternativamente ambos pulsos. De pronto, el coche paró en seco: estaba en la realidad; había llegado.

Como la condesa, que jamás se acostó hasta dejar á su hijo entre sábanas y regalado por su último beso de despedida, en vez del conocido trotar de sus fogosos caballos, el silbar del cochero, el rechinar de los cerrojos y el rodar de su coche en el portal, oyó sólo el traqueteo del pesetero, que paró un momento y volvió á partir, temerosa de que alguna desgracia hubiese acontecido á su Alfonso, salió á la puerta de la escalera á punto de que éste, que la subió en dos saltos, llegaba al descansillo, y tomándola casi en los brazos para tranquilizarla, llevóse la abrazada hasta el comedor, donde solían tomar el té de última hora.

Todo aquello era naturalísimo y lo mismo de siempre; sin embargo, la condesa percibió en su hijo algo nuevo é inexplicable: todo su sér vibraba y resplandecía, y aquella transfiguración no podía ocultarse á una madre. Al entrar, y para calmarla, hábale dicho Alfonso, repitiendo involuntariamente una frase de Cintia:

—*Viejita salada*, el coche de tu noble hijo no viene, porque ha ido á realizar una buena obra.

Y aquel modo desusado de interpelarla, aquella tumultuosa y como explosiva alegría de Alfonso, alarmaron de tal modo á su madre,

que ni con un gesto aprobó lo de la buena obra.

—¿Qué, no te parece bien que tu hijo practique la caridad?—preguntó el marquesito en su sobrexcitación comunicativa.

—¡Hijo mío, ya sabes cuánto me enorgullece tu hermoso corazón!—respondió la madre, poniendo en su mirada una interrogación apremiante que desdecía de sus palabras.

Y el hijo, en un arrebato de intempestiva ternura, abrazó á su madre con nerviosa vehemencia, diciéndole, como en la infancia:

—Es decir, ¿que he sido bueno y vas á quererme mucho?

Y como aquel arranque pueril era otro eco de las ternezas de Melita, la sorpresa de la señora siguió creciendo.

—Pero ¿á que no sabes—prosiguió Alfonso en su locuacidad irresistible—á quién ha ido á llevar el coche de tu egregia casa?

Y sin percatarse de que su madre no había salvado con él las distancias morales que él salvó en pos de su ideal *Rayo de luna*, prosiguió:

—Pues... ¡asómbtrate, condesa ilustre! á una plebeya comediante y á su más plebeya madre.

De los ojos negros de la dama saltó un relámpago de altiva indignación; las alas de su nariz temblaron, y en sus delgados labios vibró con sequedad incisiva esta pregunta:

—¿Pero estás en tu juicio, Alfonso?

Y cierto que para que Alfonso llegase á olvidar ó desconocer hasta aquel punto á su madre debía hallarse trastornado ó haberse alejado de ella mucho en poco tiempo. Aquella revelación confirmó la cruel sospecha de la condesa, y le

presentó realizados los graves miedos suyos por el súbito incendio del alma pletórica de vida de Alfonso.

—¡En mi pleno juicio, mamá!—contestó éste formalizándose.—¿Pero serías capaz de reprobar que tu coche llevase á su casa á una pobre viejecita á quien hubiese acometido un desmayo?

—¡Que mi coche la llevase, como lleva al hospital algunos enfermos, no; pero que tú visites á cómicas sin decoro, sí, y muy sí, y con toda mi alma, ya me conoces! Y si quieres perder para siempre el cariño de tu madre—acabó duramente la señora,—persiste en visitar esos turgios indecentes.

Alfonso recobró entonces su plena conciencia; pero el choque brutal de la dicha contra la realidad hirióle tan rudamente, que se le demudó el semblante como si fuese á llorar ó á perder el conocimiento; y la condesa, compadecida, díjole, enfrenando su enojo, pero casi sin dulcificar el tono:

—Adiós, hijo de mi alma; me retiro: estoy fatigadísima; pero oye antes este consejo de tu madre y grábalo en tu memoria: las mujeres de teatro, aun las más honradas, son para el público; busca tú una sólo para ti.

Y se retiró, besando á su hijo con beso nervioso, breve y seco, y dejándole aquellas aceras palabras clavadas en el alma, como la hoja fría de un puñal.

III

Notando aquí secamente los hechos, diráse que aquella noche, tan fecunda en emociones para la condesa y su hijo, ni la una ni el otro durmieron. La primera, porque veía consumarse sus más graves temores y caer deshecho en polvo el alcázar dorado de sus caras ilusiones, porque la voz íntima é infalible del instinto decía que había perdido el dominio sobre su hijo, y que la tan temida chispa había prendido en él, y el incendio se propagaba voraz é inextinguible. El segundo, porque en su alma se libraban combates gigantescos, semejantes á los trastornos geológicos que transforman la faz de un mundo; batallas secretas que se traducían en este incoherente monólogo:

—¡Pobre madre mía! ¡Siento que la he dado la primera pena en mi vida (y se volvía afanosamente del otro lado). Y todo, ¿por qué? Si tiene razón que le sobra (vuelta al otro lado). Si lo mismo me decía yo: las mujeres de teatro pertenecen al público (y aquí veía los gemelos de los más conocidos vidiores fijos en los brazos desnudos de Cintia). Sí, no me cabe duda: esas miradas manchan la pura flor de la castidad. Una mujer mirada así no me parecería sólo mía... no podría darle mi nombre... (vuelta). Y de otro modo no querría yo á esa hechicera criatura... ¡tan buena, tan espiritual, tan etérea que casi no es humana! Que es, en efecto, lo que dice Sutis: un rayo místico de luna. Sutis, ¡y esa es otra!... ¡Qué familiaridades y

qué desenfadados de lengua se permite en aquel cuarto! (vuelta rápida). Pero... ¿qué tengo yo que ver con toda esa gente, ni qué me importa á mí esa criatura?

Así trataba de combatir su mal naciente, reduciéndole á la insignificancia; era como si quisiese encerrar el mar inmenso en el hueco de la mano, y el mar irritado y loco le envolvía, le arrollaba y, rugiendo y espumando, se precipitaba en el fondo de su sér.

—¡Pues no, no y no!—gritaba con pueril rabia, tapándose la cabeza para no pensar y cerrando los ojos para no ver en el fondo de sí mismo, con lo que pensaba mejor y veía más claro en su conciencia.—No la veo más, ni vuelvo en mi vida á la Comedia. ¡Qué alegría para mi madre! (vuelta del otro lado). Decían que ensayaban á las tres... ¡No, si no pienso ir!... ¡Qué preciosa!

Apenas despierto del breve sueño en que cayó en fuerza de rendido, fué á saludar á su madre, deseoso de desagraviarla del involuntario agravio que le había inferido, la besó efusivamente, pero nada le dijo; ¿para qué? bastábale á él prometerse en su conciencia no volver á disgustarla, y en prenda de paz, consagróle cariñosamente la mañana entera.

Después de comer se vistió para ir "por ahí á dar una vuelta...". Ya en la calle, pensó que sería grave falta de atención, y aun de caridad, no informarse siquiera de la salud de D.^a María. ¡Por lo mismo que eran gentes humildes!... Si paseando se llegase él hasta la Comedia y preguntara á un dependiente... Peor era eso; ¿á qué dar cuenta á nadie de si él se interesaba ó no

por aquella buena señora? Lo mejor sería ir por sí, casualmente, á la entrada ó á la salida del ensayo encontrase á Cintia. Y fué, y después de dar cien vueltas á la manzana mirando los escaparates, calculó que sería mejor esperar á pie quieto en la esquina de la calle de la Cruz; ella vivía junto á San Francisco el Grande, y bajaba por el tranvía de la *Fuentecilla* hasta la Puerta del Sol—estos detalles recordó haberlos oído, indiferentemente, la víspera;—por allí había de pasar, y con saludarla é informarse de la salud de su madre, asunto concluído.—Allí viene... ¡qué sencilla, qué mona, qué hechicera! ¡Si le hablo, si oigo su voz...!

Y... como le habló y oyó su voz, porque para eso estaba él allí esperando, loco de impaciencia, ya no se fué. Y asistió al ensayo, y luego las acompañó á su casa, y volvió á la noche al teatro; esta vez llevaba el landó, y él mismo las condujo á su casa. Y á los dos días de aquella vida ya eran novios y estaban en el delirio de los más románticos amores, que sirvieron de fábula á los ociosos, de escándalo á la nobleza y de envidia á las actrices casaderas de Madrid.

Con esto, entre la madre y el hijo atirantáronse cruelmente las relaciones; Alfonso comenzaba á faltar á las horas de comer, y las pocas comidas que hacían frente á frente eran verdaderas torturas, entre un silencio erizado de protestas y un hablar insubstancial y vago que no acertaba á encubrir la sorda fermentación de las querellas mutuas.

La tertulia de la condesa cambió también de aspecto; ahora todo era en ella lamentaciones de la madre ó cuentos y chismes venidos de

afuera, y comentados vivamente por los asiduos. La Nava de Suso estaba en su elemento; había montado un servicio de policía secreta que la tenfa al tanto de cuanto hacían y pensaban los *Amantes de Teruel*—así llamaba á Poncho y la Palmita;—y ella misma, acompañada de su listísima doncella—ambas envueltas en sendos pañolones,—dióse el gustazo de verlos volver más de una tarde del ensayo á su *residencia* de la calle del Angel. ¡Bonito terceto formaban la mamá, una mamá de teatro, y los novios!

Desde el principio de los amores oponfase Poncho á que Carmela siguiese en el teatro, y Carmela, que vivía de su arte, negábase rotundamente á dejarlo, y más rotundamente aún á recibir auxilio alguno de su novio; el cual, entre las salidas de Cintia á la escena, las visitas que parecían aumentar en su cuarto—siquiera fuese á título de curiosidad,—y las asiduidades de Sutis, que no sabía alejarse de su *Rayo de luna*, vivía en perpetuo martirio de celos y disponfase á tomar resoluciones heroicas, cuando súbita crisis en la enfermedad de D.^a María vino á complicar la situación. La asistencia de la enferma obligó á Carmen á dejar por aquella temporada el teatro, y la carencia absoluta de recursos pecuniarios la forzó á recibir los que su novio, con el más puro desinterés, le ofrecía.

A los tres días de la retirada de la Palma, ya lo sabía todo la Nava de Suso; y el día mismo en que aquélla aceptó el donativo de Poncho, súpolo también la oficiosa dama, porque, rabian-do de curiosidad, envió á su doncella con el pretexto de buscar una bordadora imaginaria, á la

casa en que vivía Cintia; la avispada muchacha pegó hábilmente la hebra con los porteros, y éstos le contaron más de lo que averiguar deseaba, y entre otras cosas, que en casa de la Palma había dinerito fresco, porque al portero habíanle enviado á cambiar un billete de á cien, y á la portera le pagaron varias cosillas que le debían; conque dinero fresco y novio rico, ¡velay usté!

Y aquella misma noche se supo todo, corregido y aumentado, en la tertulia de la Villa Enhiesta.

Entretanto la gravedad de la enferma se prolongaba, y la situación de su hija hacíase cada vez más difícil, por negarse ella obstinadamente á recibir nuevos donativos de Alfonso; y como tal estado de cosas no era sostenible, Mendoza, enamorado hasta el delirio y resuelto á legalizar aquellos amores, determinó cortar por lo sano y acudir derechamente á su madre, cuyo noble corazón no había de rechazarle cuando él le hablase de su cariño y de sus penas, como hablarle pensaba, ¡con el alma puesta en los labios!

Sí, sí; esto era lo directo, lo noble, lo justo, y, sobre todo, lo necesario, porque él no podía seguir consintiendo el martirio de la pobre Melita, ni podía vivir en aquella incomunicación y entredicho con su madre.

Pero, como suele suceder, por obra de eso que los antiguos llamaban *hado* y los modernos fatalidad dramática, los mejores deseos por ambas partes dieron el más desastroso resultado.

Rendido y humilde llegó Alfonso á pedir auxilio al corazón materno; creyóle la condesa har-

to de lucha y tal vez desengañado de sus locos amores, y al paso que él extremaba la mansedumbre, extremó ella el rigor y agotó la dureza, creyendo así completar su victoria; perdió él el aplomo y embrolláronsele entre los labios las palabras que con patética elocuencia habíale dictado el amor. Y mientras él sentía con desconsuelo hacérsele hieles el paladar, al cual se pegaba su lengua entorpecida por el desencanto, la condesa no veía en aquel largo discurso sino los últimos esfuerzos del valiente para arriar con decoro el pabellón, y se moría ya por abrazar al vencido; así, cuando al cabo del enmarañado discurso de Alfonso brotó clara y terminante la síntesis y conclusión de él, la demanda de su consentimiento para su matrimonio con Carmen, la señora sintió en sus nervios el latigazo brutal del rayo, y alzándose soberbia é imponente, arrojó á su hijo, como puñado de dardos, estas crueles palabras:

—¡Nunca hubiera creído que un hijo de aquel padre, un hijo de mis entrañas, perdiese la dignidad y el decoro hasta el punto de atreverse á dar su nombre—¡un nombre como el suyo!—á una mujercilla de teatro que nada tiene ya que perder y que se deja mantener por sus amantes!

—¡Eso es mentira, eso es una calumniosa y vil mentira!—rugió Alfonso, incapaz ya de dominarse, loco, frenético de indignación.

La condesa castigó aquel mentís con una mirada dolorida y fulminante, que equivalía á una maldición solemne.

IV

Después de aquella cruel escena, el pobre Alfonso necesitaba de una suave mano femenina que curase las llagas vivas de su corazón; y ávido de aquel dulce remedio, acudió á la humilde casita de la calle del Angel. Pero antes que le abriesen la puerta oyó sollozos desgarradores, y apenas entró corrió desolado al cuarto de la enferma, de donde los sollozos partían, y halló á Carmen loca de dolor, abrazada al cadáver de su madre, que acababa de expirar víctima de repentino colapso.

¡Aquello era demasiado! La ola de angustia que rodaba por el alma de Alfonso estalló con tumultuosa explosión; y cogiendo en sus manos la rubia cabecita de su adorada, la llenó de besos y de lágrimas, y le juró allí mismo, delante de aquel cadáver venerado y delante de la eternidad abierta, hacerla su esposa aunque á ello se opusiese todo el mundo.

Después, como la pobre Carmen, sacudida por tan fuertes emociones, cayese atacada de convulsión violenta, él mismo la llevó en sus brazos á la cama, arropóla cariñosamente y se dedicó á cuidar á la enferma, velar á la difunta y disponer los tristes preparativos del modesto entierro. El cumplimiento de aquellos piadosos deberes, que ejercía benéfico influjo sobre sus nervios, le llevó toda la tarde y parte de la noche; dadas las diez, comenzó á sentir viva inquietud por su madre, en quien tenía las consecuencias de la escena terrible; pero en esto en-

tró Sutis, que venía consternado. Supo la triste noticia aquella tarde por Mieres, que iba camino de la funeraria—porque Mieres y Silda eran inseparables de Melita;—no había podido ir antes; pero aquella noche haría por sus amigas lo que por nadie hizo: faltar á la redacción; y velaría á la muerta y serviría de cuanto fuese necesario. Y aquel bohemio, que no había rezado desde su infancia, arrodillóse ante el cadáver de D.^a María, y Alfonso notó con asombro que rezaba. Después quiso ver, aunque fuese de lejos, á su pobre *Rayo de luna*; acercóse á la puerta, y al mirar desde allí á la muchacha pálida y sumida en honda postración, rompió en fuertes sollozos y acabó por llorar como un niño.

Entonces su amigo, que disimulada pero ávidamente le observaba, tuvo una súbita revelación: Sutis estaba enamorado de Melita. ¡Nueva complicación y nueva tortura para él! Pero no pudiendo resistir la inquietud que le inspiraba su madre, y seguro de que el honrado bohemio no osaría en aquella ocasión ni traspasar el dintel del cuarto de su novia, dejó á ésta asistida de Silda y de unas piadosas vecinas, y á Sutis agazapado en un rincón de la alcoba mortuoria velando el cadáver, con tal expresión de abatimiento y dolor, que le infundió lástima y respeto; y sin osar hablarle, se fué celoso y admirado de las recónditas bellezas que encubría aquel exterior apicarado y donjuanesco. Por el camino íbase agrandando en él la conciencia de la nueva y dolorosa situación que le creaban el desamparo y orfandad de Melita; el juramento solemne que acababa de empeñar, y el insupe-

rable obstáculo que á su cumplimiento oponía la férrea voluntad de su madre, poniéndole en el terrible dilema de optar por ella ó por Carmen. ¿Cómo renunciar á ninguna de las dos?

Al llegar á su casa supo que su madre habíase encerrado desde temprano en sus habitaciones, dando orden rigurosa de que nadie entrase á molestarla. Despidió á la servidumbre, y acercándose á la puerta de la alcoba de la condesa, aplicó el oído; y como no percibiese ni la más tenue respiración, tuvo miedo; quiso llamar, pero le asaltó el temor de que, á despecho de sus buenos propósitos, renovárase la violenta escena, con grave riesgo del reposo y tal vez de la salud de su madre. ¡Hacía días que la veía él tan abatida, tan pálida!

Retiróse con el corazón oprimido, y pasó una noche cruel, principio de una serie de insomnios febriles que en breve le dejaron flaco, descaecido y asténico.

Vivamente anhelaba reconciliarse con su madre; pero de tal modo le cohibían las miradas acusadoras de la austera dama, que, dudoso de llegar á su corazón y casi seguro de provocar nuevo y mayor conflicto, dado que ni él había de cejar en su propósito de matrimonio con Carmen, ni ella había de transigir con tal idea, no osaba dar paso alguno; ni aun se atrevía á mirar á su madre. En aquella sorda lucha, uno y otro ibanse dejando el vigor, la salud, la vida; pero Alfonso era joven; su madre no, y veíasele abatirse por días. ¿Qué hacer?

Antes que el hijo tomase resolución alguna, sobrevino la desgracia. Una noche, al ir á acos-

tarse la condesa, cayó desplomada al pie de su cama. En su auxilio acudieron sus doncellas, metieronla en el lecho y avisaron al Dr. Morales. Era un acceso apoplético; sin duda recobraría pronto los sentidos, pero quedaría hemipléjica, acaso totalmente paralítica.

Cuando Alfonso volvió de casa de su novia y halló á su madre privada de conocimiento, estuvo á punto de perder la razón. ¡Él la había matado, él que la quería más que nunca, que daría por la suya mil vidas! ¿Y ya no habría remedio?

—¡Sálvala, Virgen mía—sollozaba ante la Dolosa que se alzaba en el reclinatorio de su madre,—y seré su esclavo, y me negaré á mí mismo, y seré capaz... seré capaz...! ¡No, no podría! ¡Pero... si tú me diese fuerzas...! ¡Sálvala á costa de todo mi sér, madre mía!

Y al fin cayó presa de violento acceso nervioso, y el médico y los criados no bastaban para acudir á los dos enfermos.

La gravedad de la condesa duró poco; después quedóse postrada, totalmente hemipléjica, y con la expresión del rostro fría, como apagada, y á veces próxima al llanto, á un llanto fácil, pueril, y otras encendida, abotargada, congestiva. Alfonso no se apartaba de su lado, y tales milagros de amor y sumisión realizó en aquella asistencia, que los ojos de su madre mirábanle con ternura infinita y tan confiados, que él no osaba dejarla un momento por no turbar aquel bienhechor reposo.

Entretanto, el espíritu de él hallábase sometido á torturas indecibles; no podía ver á Carmen, ni apenas escribirle furtivamente, ó leer á

escondidas sus cartas; no podía auxiliarla, pues ella rechazaba todo socorro y vivía del producto de costuras y bordados en que trabajaba afanosamente, privándose hasta del sueño; además, Sutis no dejaba de visitarla, y con esto los celos de Alfonso rayaban en delirio; tanto, que á veces con arrebató irresistible mordíase los labios hasta sangrar por ellos ó se clavaba las uñas en el pecho hasta hundírselas en la carne. La mirada de la madre solía sorprender aquellos accesos que Alfonso heroicamente dominaba, disolviendo su desesperación en forzada sonrisa que arrancaba lágrimas á los ojos amortecidos de la enferma.

Los cuidados de que ésta había menester, imperiosamente reclamaban manos suaves y vigilancia femenina; y como al pobre mozo le desesperasen de continuo su imprevisión y la aspreza de sus movimientos, recordando los prodigios de adivinación y flexibilidad que realizaba Melita en la asistencia de su madre, pensaba en lo que sería la vida de los tres, á poder fundir en una sola dicha sus aisladas desventuras. —¡Qué felicidad, Señor! ¡Cintia en mi casa, poseyendo cuanto por ser mío es tan suyo, proyectando el fulgor de su belleza y derramando las músicas de su voz por este oscuro y mudo palacio, llenándolo todo con la luz azul de su mirada! ¡Cintia aquí entre los dos, mi madre asistida como por ángeles, yo compartiendo con ellas el alma y la vida! ¡El paraíso, Dios mío! ¡Pero imposible, imposible, mil veces imposible! ¡Más fácil me sería torcer el curso de los astros que la inmutable voluntad de mi madre!

El solo consuelo que tenía, además de su azarosa correspondencia con Carmen, era la benéfica intervención del doctor Morales, el propio médico de la condesa, el cual, habiéndole él enviado á asistir á doña María en su última enfermedad, de suerte se prendó de las virtudes, gracias y espontánea comunicatividad de Melita, que llegó á quererla y tratarla casi paternalmente, y de buen grado se prestaba á acompañarla durante largos ratos, regalándole el oído con encomios de su Alfonso, ó acudía á tranquilizar á éste llevándole buenas nuevas de la niña. Fuera de estos leves alivios, pasaba Alfonso horas de negra desesperación, ó caía en larguísimos accesos de abatimiento silencioso.

Un día en que la condesa hallábase más despojada, compadecida de su hijo y cuidadosa de su salud, rogóle y hasta le exigió que saliese á respirar aire libre y darse un largo paseo higiénico. No opuso el hijo larga resistencia al cariñoso deseo de su madre, y dejándola acompañada de la doncella, el doctor y el capellán, solo y á pie, so pretexto de necesidad de ejercicio, alejóse á buen andar de su casa, y cuando ya se creyó fuera del alcance de todo fisgoneo, tomó un coche de punto y se hizo llevar á escapar á la calle del Angel.

Solo con su novia, arrojóse Alfonso en sus brazos, y le dijo, llamándola con el dulce nombre que le daba en sus intimidades:

—¡Cintia de mi alma, yo no puedo más, yo pierdo la razón, ó me muero; sálvame, niña mía!—Y la estrechaba convulso, con caricias en que vibraban el amor y la desesperación.

—¡Vamos, Alfonso, cálmate! ¡Ea, basta, niño malo, niño tonto! ¿Vas á ser bueno, verdad?

Como la voz de Cintia era un sortilegio para Alfonso, rápidamente sintióse éste poseído de aquella magia, y quebrantado, vencido, dejóse caer á los pies de la niña, y, reclinando en sus rodillas la cabeza, rompió á llorar copiosa y mansamente.

—Pero, Poncho, loquito, ¿así me consuelas? ¿Qué puede hacer por ti tu Cintia?

—Querermé mucho.

—¡Eso ya está hecho, y con creces! Mande usted otra cosa.

—¡Vida mía!... Pues mando que me salves, que inventes algo que me saque de esta situación, porque yo no puedo vivir sin ti; y cuando la eternidad me parece corta para consagrártela, no puedo darte ni una hora. ¿Ves?—sacando el reloj.—Las cinco. ¡Ya estoy tardando! Yo no puedo separarme de ti, ni puedo abandonar á mi madre, y menos ahora, ¡desde que tengo el remordimiento de haberla matado! ¡Sí, Cintia de mi alma; yo, yo la he matado! ¡Pero bien sabe Dios...!

—¡Otra vez! Serénate, Alfonso.

—Bueno... ya lo sabes todo; ella y tú sois las dos mitades de mi alma; quiero juntarlas, necesito juntarlas, y como eso es tan imposible como juntar el cielo con la tierra, el alma se me desgarró y me muero. ¡Vamos, que no puedo más!

—¡Pero, cálmate, por la Virgen! Ya sabes que tengo pensado un medio...

—¿Qué medio?

—¿No te lo ha dicho el doctor?

—¡Ah, sí; aquello era una utopía!

—Aquello era un medio de salvación.

—Disparatado, irrealizable y, además, niña mía, indigno de nosotros.

—Todo eso y más, Alfonso; pero el único.

—Entonces no nos queda esperanza ninguna, porque, ¡bien me conoces!, soy enemigo jurado de toda mentira, disimulo ó fingimiento.

—¿Y hemos de vivir así siempre? ¿Y me condenas á mí también á esta vida sin ti?

—¡No, no; eso tampoco puede ser!

—Pues resuélvete.

—¡Imposible! ¡Tendría que nacer de nuevo!

—¡Yo te lo pido!

—¡No me atormentes, Melita!

—Verás cómo te convenzo: oye...

—Es tardísimo; ya no puedo oírte.

—¡Oyeme, Alfonso!

—¡Si no puedo oír ya, mi vida; ahora sí que no!

—Pues piénsalo y decídetete; ¡hazlo por mí; ya sabes que contamos con el doctor.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

Y se separaron locos de amor y de pena.

—¿Qué noche pasó Alfonso después de aquella entrevista, y qué días los que siguieron á aquella noche! Estaba tan excitado y nervioso, que no atinaba á administrar á su madre alimentos ni medicinas. Cambiaba las horas de las prescripciones, derramaba el contenido de frascos y botellas, y andaba tan desequilibrado y vibrante de puro nervioso, que la misma enferma comprendió que aquella asistencia no podía continuar sin grave daño suyo y de su hijo, é

insinuó al doctor la necesidad urgente de buscar una hermana de la Caridad ó señorita pobre y bien nacida, que se encargase de ciertos cuidados impropios de varones. En cuanto á señoritas pobres y bien nacidas, conocía el doctor una, que ni soñada para el objeto. Acababa de perder á su madre, y en su asistencia mostró ser una enfermera ideal, un ángel bajado del cielo. Alfonso miró al doctor con ojos de susto, y el doctor alegó en tono ambiguo que, si bien aquella señorita reunía todas las condiciones apetecibles, no estaba él seguro de que aceptase la proposición, caso de que la condesa se decidiera á hacérsela. La condesa estaba decidida, y recomendándola el doctor, recibíala á ojos cerrados en su casa; sólo faltaba que la señorita aceptase, y el averiguarlo ó el conseguirlo, si la joven no estuviese resuelta, á cargo del doctor y de su eficacia quedaba.

Acompañando al bondadoso Morales salió Alfonso, y, llevándole á su despacho, habló con él breve pero calurosamente. Despedido el médico, volvióse Poncho al lado de su madre, procurando en vano desplegar en su asistencia una serenidad y acierto que parecían haberle abandonado para siempre.

V

Dos días después, el bendito doctor entraba en el cuarto de la condesa, acompañando á una muchacha modestísima, cubierta de riguroso luto, con largo manto que la envolvía en anchos pliegues flotantes.

—Aquí tiene usted, querida condesa—dijo el médico,—á la señorita Clara de Alvarado, descendiente de nobilísima familia, que, vencidos al fin ciertos legítimos reparos propios de su sexo y condición, accede muy gustosa y honrada á prestar á usted los asiduos cuidados que su estado requiere; y como ya usted por mí conoce las cualidades de mi amiguita, á quien no quiero ruborizar con mis elogios, me limito á decir, á usted, que esta asistencia será como prolongación de la que Clara consagraba á su madre; á ella, que aquí encontrará la acogida que prometen la tradicional hidalguía y cristiandad de esta casa.

Y sucedió como el médico lo previno; porque la condesa, que en cuanto sobrevivía de su sér, conservaba impresa como sello étnico aquella soberana magnanimidad vinculada en nuestra vieja nobleza, que parece darse toda á todos, aunque sabe reservarse íntegra para sí y hacerse agradecer todavía lo que simula dar con tan graciosa dignación; por Clara se interesó desde luego, y, contra lo que sucederle solía, comenzó por darle más de lo que simulaba. Mirándola, pensaba la señora:—Lástima que sea tan encogidita como doncella de convento... digo, lástima no; pero le falta un poquito de mundo. Fea no es... ¡Quiá, si es bonita, pero muy bonita! Ya se le conoce la cuna, porque esa distinción tan señoril no se aprende, se hereda.

Despojada del manto, Clara apareció en su natural gallardía, y sobre el negro carbón de su traje esplendieron la blancura de su tez, el oro pálido de sus cabellos y la azul trasparen-

cía de sus ojos; pero aquella criatura parecía ajena á su belleza y exenta de toda presunción; por sus encendidos labios vagaban sonrisas fugaces de niño vergonzoso que desea hacerse querer y no acierta á iniciar la confianza; aquel hechizo expansivo, que parecía el rebosar del alma en rostro tan bello, no era resistible, y la condesa se rindió á él fácilmente.

Luego, los enfermos están tan ávidos de cuidados inteligentes y exquisitos, que la necesidad de ellos hácelos avaros de solicitudes, y un tanto descontentadizos y mimosos; y como las manos de la huerfanita eran verdaderas manos de hada por su no sentida blandura y sutileza, la señora probó desde luego la milagrosa virtud de aquella asistencia.

Además, la ductilidad y mansedumbre del carácter de la recién venida, su modestia y recogimiento, la buena gracia con que á todo se avenía, el celo y acierto que desplegaba en sus nuevos deberes, el fervor y devoción con que acompañaba á la condesa en sus rezos, y, por último, el sugestivo hechizo de su voz ametalada y, á veces, cristalina, que daba á las plegarias entonación musical y ultramundana, como la que deben darles los ángeles, tantas excelencias juntas acabaron por cautivar á la dama, que no sabía ya vivir sin su enfermera.

¡Con qué rara perfección leía ésta la *Imitación de Cristo*, aquel sublime diálogo del alma con su Dios, en que tan sin velos se palpa la podredumbre de la carne, y tan en plena faz se siente el soplo de lo infinito! Leyéndolo, la voz de Clara temblaba poseída de emoción suprema, y las formidables palabras de verdad ó los

encendidos conceptos de amor salían de sus labios con entonaciones de sentimiento irresistible, y acababan las lecturas con llanto de la enferma y de la enfermera.

La nube que empañaba aquellas pálidas alegrías de la condesa era la singular actitud de su hijo desde la llegada de Clara. Apenas si venía ahora á sentarse al lado de su madre, y los breves ratos que allí permanecía estaba como inquieto, contrariado, violento, y hasta diríase que evitaba el cruzar sus miradas con las de la pobre muchacha. ¿Qué le pasaba? ¿Volvió á retoñar la venenosa planta de sus olvidados amores? ¡No, eso no había que pensarlo! ¿Tendría celos de aquella extraña que le substituía en el cuidado de su madre? Diríase que, como de propósito, abdicó él á sus funciones de enfermero. ¿Haríalo por evitar la comparación entre su desmaña y el acierto de la niña? ¿Haríalo en son de protesta dolorosa?

Una tarde en que Clara fué á preparar un ponche para la condesa, sola ésta con su hijo, aprovechándose de la ocasión, le atrajo dulcemente hacia sí y díjole con inefable ternura:

—Pero, hijo de mi alma, ¿qué tienes, que tan esquivo estás con tu madre? ¿Será posible que te inspire celos esa pobre muchacha que tan bien lo hace conmigo?

Alfonso sintió subirle del corazón una ola de angustia que le ahogaba, que iba á estallar en explosión de llanto; con mal fingida calma procuró tranquilizar á su madre, y con peor urdido pretexto desasíó su mano de las de la señora, y salió aparentando serenidad. La condesa creyó haber puesto el dedo en la llaga, y atribuyó

aquellas susceptibilidades de su hijo al estado de su corazón, donde aun no se había cicatrizado la reciente herida de sus contrariados amores.

Al acercarse al comedor, dijo Alfonso queda y cautelosamente:

—¿Clara?

Y como la hallase sola:

—¡Cintia, Cintia de mi alma; yo no puedo vivir así! ¡Esto que hacemos con mi madre es una infamia!

—¡Si supieras cuánto me cuesta esta ficción!

—Yo soy incapaz de toda mentira. ¡Ven, vamos; esta farsa no puede seguir!

—Pero ¿qué quieres hacer?

—Lo noble, lo digno de mí: decirlo todo á mi madre.

—¿Pero has perdido el juicio? ¿No la conoces? ¿Quieres matarla?

—¡Sí, sí, verdad; no es posible! ¡Tenemos que seguir arrastrando el grillete infamante de la impostura!

—¡Ay, Alfonso; no te cuesta á ti más que á mí! ¡Yo también tengo amor propio, y dignidad y orgullo; yo tenía el orgullo de mi pobreza y de mi gloria soñada! Y, sin embargo, mira lo que por ti he hecho: he venido á esta casa, donde se me despreciaba, negándome á mí misma, borrándome, falsificando mi personalidad, y he venido á robar á traición un afecto que no se me concede á mí, sino al fingido personaje que yo represento. Y cuando me es tan dulce sentirme querida por tu madre, ¿sabes tú cuánto me duele engañarla? ¿Comprendes lo duro que me es saber que la que ella quiere no soy yo?

¡Saber que á mí me odia y me maldeciría si llegase á conocer mi nombre!

—¡Pobre Cintia de mi alma! ¿Qué hemos hecho? ¡Y tienes razón, ya no es posible retroceder! ¡Si mi madre se viera engañada por mí...!

—¡Si supiese que su Clara tan querida es la miserable cómica que aborrece!

—¡Qué horror; entonces sobrevendría el tan temido ataque fulminante!

—Pues sigamos con valor nuestro camino; domínate, Alfonso; ten serenidad y entereza de hombre, y, sobre todo, sigue aislando á tu madre de la oficiosidad de los íntimos.

—En cuanto á eso... ¡descuida! ¡Así pudiera yo aislarme de mi propia conciencia!

—También para ella creo haber hallado un remedio, extraído de mi amargura.

—Dime cuál es.

—No puedo; tu madre está sola: hablaremos pronto.

Y salió, llevando en la mano el vasito de espumoso y humeante ponche, y en los ojos la serenidad más perfecta.

Una mañana en que salió Alfonso á imprescindibles asuntos financieros, al bajar de su coche delante del Banco, topóse con Sutis en persona; pero tan astroso y desencajado iba, que al pronto no le conoció; después, fijándose en él, le dijo con lástima y asco de su desastroso aspecto:

—¡Hola, perdido! ¿qué es de tu vida?

—¡Perdido! tú lo has dicho. Perdido del todo estoy, y pronto no me encontrarás sino en el montón de los anónimos, en los basureros del

mundo, honrados con los hipócritas nombres de asilos, cárceles ó manicomios. ¡En los pudrideros, hijo! "Donde va lo que zozobra..." Todo esto es noche, y si por dicha despuntase en ella un tibio rayo de luz, ese estará muy alto y será muy puro para las sucias manos de un bohemio. ¡Adiós, insigne!

Y se le enrojecieron los ojos.

Alfonso, entendiendo la metáfora del rayo incoercible, sintió grandísima lástima de aquel pobre loco á quien el amor desesperado arrastraba hacia las más hondas simas del suicidio moral; y entre celoso, compadecido y asustado, no osó retenerle; pero de improviso el espectro de Sutis, ya no quedaba de él otra cosa, volvióse y le dijo:

—¡Ah! oye, Alfonso: anoche al salir de la Comedia—¡porque todavía escribo crónicas!—así de mí esa tarasca noticiera de tu amiga la Nava de Suso, á quien, entre paréntesis, llaman por ahí *Continental Express*, bueno, que así de mí y me dió la gran tabarra, porque ésa padece la *pirosis chismosa*, y hierve en deseos de averiguar el fin de la historia de tu "rayo de luna"; y como entre el doctor y Cintia y tú y un servidor, logramos borrar tan hábilmente su rastro de la calle del Angel, con aquella estupenda mentira del viaje á América, anunciado en letras de molde por este cura, seguí faltando al octavo mandamiento, y hasta le enseñé, por fuera, la carta que Silda me escribe desde Canarias, asegurándole que con ella iba Cintia; pero anda muy escamona y amenaza caer sobre vosotros. ¡*Cave canem!*!, dijo despidiéndose con amargo y fingido humorismo.

Alfonso sintió la inminencia de aquel riesgo, y aunque confiaba en la fidelidad de su servidumbre, apresuró sus negocios y volvióse lleno de inquietud á su casa.

Ya era tarde. Media hora hacía que la amiga oficiosa, forzando toda consigna, con aquella su hombruna resolución de solterona independiente y mundana, arrollando materialmente á los criados que intentaron cerrarle el paso y doliéndose á grandes voces de la ingratitud con que allí se correspondía á su cariño, habíase colado hasta la alcoba de la condesa gritando con su peculiar desenfado aristocrático:

—¡Pícara, pícara, ahora no te me escapas! ¡Y déjate que venga el bribonazo de Poncho; le voy á poner verde; nada, que le desuello! ¡Vaya un golfo!

Y después de estrujar y zarandear sin miramientos á la pobre condesa, asíó de sus formidables impertinentes y los asestó con soberana insolencia á los ojos azules de Clara. Pero Clara tenía el alma de más fino temple que la de la linajuda, y sostuvo con tan sublime impasibilidad el irritante figoneo, que la propia figonada el irritante se desconcertó. Por un lado, parecíale aquella muchacha la misma que más de una vez había visto al volver del ensayo; sí, era su estatura, su colorido, su pelo rubio; pero ni en el peinado, ni en el aire, ni en nada se le asemejaba: aquélla era muy suelta de movimientos; ésta tenía trazas de novicia; como la vió rápidamente, de lejos y á poca luz, no estaba segura: ¿se habría equivocado?

Apelando á un recurso heroico, trajo por los

cabellos la noticia del casamiento de cierta conocidísima actriz, y, hallada la ocasión, soltó este inverosímil desplante:

—Dicen que ella es honrada; pero, ahora que Alfonso no nos oye, honradez y teatro son dos cosas incompatibles; ya sabe usted, condesa—y clavó en Clara los impertinentes—que no hay una sola cómica que no sea una *cocotte*.—Así, en francés, para mayor ignominia.—Pero también esta vez el heroísmo de Clara rayó á mayor altura que la procacidad de la marquesa, porque ni pestañeó siquiera, ni se borró de sus labios aquella plácida sonrisa en que se transparentaba un alma diáfana como el azul del cielo.

En lo culminante de la escena llegó Poncho, y fué lo singular que él mismo se asombró de la verdad prodigiosa con que mentía el rostro angelical de Cintia.

Después de aquella perturbadora visita, la condesa se quedó intranquila y como atormentada por inquietudes y dudas vagas y amorfas, que en la impotencia de su cerebro no acertaban á cristalizar ni á concretarse.

Por fin, hacia la media noche, la enferma cayó en un letargo hondo, que más tenía de posturación congestiva que de sueño. Confiados en aquel aparente reposo, Poncho y Melita se retiraron al *boudoir*, y recatándose tras de un biombo japonés, por si despertaba la condesa, hablaron así quedamente:

—¡Gracias á Dios que descansa! ¡Qué día, Cintia de mi corazón! Pero aprovechemos los momentos; tengo mucho que decirte, y con este sobresalto en que vivimos se me escapan las

ideas... ¡Ah! sí; ante todo, te diré que me asusta verte fingir como esta tarde.

—¿Qué dices, Poncho?

—Que ya no sé distinguir en tus labios la verdad de la mentira, y que cuando me digas que me quieres se me va á ocurrir...

—¿Serás capaz de creer que puedo yo engañarte?

—¡No, no, mi vida; pero me asusta verte mentir con tan pasmosa perfección!

—¿Y no sabes cuánto me cuesta?

—Sí. ¡Ah!... Pero dime qué remedio es ese de que me hablabas para curar la conciencia, porque yo no puedo con el peso de la mía; ¡no, no puedo seguir engañando á mi pobre madre moribunda; esto es un crimen villano, esto es como engañar á Dios!

—Todo eso y más, Poncho mío, pensaba yo en estas crueles noches en que velaba á mi enferma, y mirando su noble cabeza, que respira virtud y majestad; sus pálidos labios, que jamás habrá manchado la mentira; véame á mí misma como una vil impostora, capaz de engañar á la propia sinceridad, y estas acusadoras ideas hiciéronme caer en una crisis de remordimiento agudo, desgarrador. ¡Si vieras cuánto lloré allí ante la Dolorosa! Pero como si la Virgen se hubiese apiadado de mí, vínome una idea extraña; yo no sé si será todo pura fantasía, pero á mí me sirvió de grande consuelo. Yo me confieso—decíame á mí misma—culpable de engaño, bueno; pero ¿dónde está el engaño, el error ó lo que sea? ¿No era esta santa y querida señora, por preocupaciones, por chismes ó por lo que fuese, la engañada respecto á mí? ¿Soy

yo como ella me veía? No; luego la engañada era ella, luego no hay engaño alguno en esta que tú llamas ficción, y no es sino restablecimiento de la verdad.

—¡Cintia, Cintia, tú me vuelves loco y me harás dudar de mí mismo! Ya sé yo que nuestra ficción es piadosa y en el fondo hasta santa, porque mediante ella tiene mi madre asistencia de ángeles, y yo te tengo á mi lado, y tú me tienes aquí embobado y tonto de oírte; pero ¡niña mía! ¿deja esto de ser un engaño? Y engaño cometido con una madre tan enferma y tan santa, ¿no es un crimen?

—Déjame de argumentos, Alfonso; á mí me parece que esto no es engañar, sino desengañar á tu madre del falso concepto que de mí tenía. Porque lo que tu madre odiaba en mí no existe, era una aberración, y lo que ama soy yo misma tal como Dios me hizo, es mi alma que, quitándose la careta de comedianta, se ha presentado á tu madre y le ha dicho: "Mírame, aquí me tienes tal como soy"; y tu madre ha confundido á la mísera comiquilla con un ángel, y el pobre ángel embustero daría su vida y su alma por tu adorada enferma; y tu enferma se moriría—¡no lo dudes!—si le faltase su enfermera, ó si la viese de improviso convertida en una vil comedianta. ¡Atrévete ahora á disipar el encanto, á deshacer la impostura!

—¡Cintia, Cintia; tú juegas con mi alma, y te has metido con tus hechiceras mentiras dentro de mi conciencia, que ya no es mía, porque es tuya como todo mi sér!

El despertar de la condesa fué tristísimo; hablaba poco, negábase á tomar alimentos y medicinas, y parecía atacada de sueño invencible. De aquel morboso entorpecimiento pasó á un estado de excitación latente, manifestada por súbitas fulguraciones nerviosas, por repentinos accesos de llanto, por extraños trastornos de la sensibilidad, que ora parecían revelar esperanzas, ya dolores ó inquietudes indecibles. Aprovechando un momento de soledad con el doctor, preguntóle con improvisa lucidez cómo había conocido á Clara, qué familia fué la de ésta, y tantos pormenores sobre la muchacha, que el buen Morales se vió en grande aprieto para inventar tantas mentiras juntas.

—Mi madre sospecha—decía afligidísimo Alfonso,—mi madre ha oído algo y duda de nosotros. ¡Dios mío! ¿Qué decirle si llegase á preguntarme?

Aquella misma tarde ocurrió un incidente que confirmó estos recelos. En ocasión en que Clara incorporaba á la condesa para darle una medicina, la señora la miró sostenidamente á los ojos y la sorprendió con estas inesperadas palabras:—¡Pobre Clara, los enfermos somos muy egoístas, y no pensamos sino en nuestro bienestar, sin cuidarnos de lo que cuesta á los otros! Acaso, por venir á asistirme, has sacrificado un sentimiento que, á tu edad, es toda la vida. Vamos, no vaciles en confesármelo; mis años me autorizan á dirigirte esta pregunta: ¿verdad que tenías amores?

Clara enrojeció hasta en los ojos, y la condesa insistió con su irresistible autoridad:—¡Vamos, dímelo, y espero que no tratarás de engañarme!

¡Aquí sí que tuvo que apelar Clara á todas las energías de su espíritu para sostener aquella penetrante interrogación que la mirada de la enferma hundía en su conciencia!

—Señora condesa—respondió con perfecta sencillez,—muerta mi madre, yo no tengo más amor que el que he hallado en esta ilustre casa.

Más tarde, hallándose Melita y Alfonso junto á la cama de la señora, ésta se puso á mirarlos alternativamente, con tal insistencia, con expresión tan singular, que Alfonso perdió todo su aplomo, y, á no contenerle su novia, hubiese roto en llanto, dejando hablar á su conciencia.

Ya no cabía duda: la condesa lo sabía todo; ¿para qué seguir aquella farsa?

La gravedad sobrevino tan de súbito, que apenas si, pasado el primer acceso de congestión, dejó lugar á la condesa para cumplir sus últimos deberes religiosos. Terminados aquellos solemnes preparativos para el viaje de la eternidad, empezó la agonía.

Cuando ya el soplo glacial de la muerte comenzaba á paralizar su hermoso semblante, la santa señora, atrayendo hacia sí á su hijo, hablóle con voz delgadísima, que parecía irse alejando:

—¡Hijo de mi alma, el Señor me llama á su presencia, y yo voy humilde y confiada en su misericordia!... Pero como los hijos son carne y alma de las madres... el dolor de dejarte turba esta hora suprema... Yo moriría tranquila... si... tú quisieras... si quisieras tú...

Y aquí, un acceso de fatiga sofocó su voz.

—¡Madre mía adorada, yo quiero lo que tú quieras!

—¿Gustoso?... ¿Sin violencia?

—¡Con alma y vida!

—Entonces... Clara, ¡hija mía! ven aquí... acércate más... más... dame la mano, y ahora tú, Alfonso, dame la tuya... y recibe de la mía la compañera que tú mereces... y que Dios os bendiga... como... os bendice... vuestra... madre.

Y extendió sobre ellos la trémula diestra, que en aquel momento cayó pesadamente sobre el lecho.

—¡Perdón!—gritaron arrodillándose Alfonso y Carmen, sacudidos por una emoción inmensa de sorpresa, dolor y remordimiento, por haber engañado á aquella santa, que así les pagaba el engaño.

¿Oyó la agonizante aquella súplica de arrepentimiento que era una revelación tardía? Sus ojos extraviados se abrieron atónitos, expresando algo indecible que quedó impreso en las cuajadas pupilas del cadáver. ¿Fue trágica interrogación cortada por la muerte? ¿Fue la visión formidable de la eternidad?